



Panglossitos y pesimismo ideológico

Daniel Loewe

Facultad de Artes Liberales,
 Universidad Adolfo Ibáñez



¿Cómo puede haber mal en el mundo si hay un Dios omnisciente, omnipotente e infinitamente benevolente? En momentos críticos muchos creyentes se lo han preguntado. Porque, si lo sabe todo, lo puede todo, y es bueno ¿por qué permite el mal? ¿Cómo permitió el terremoto de Lisboa el Día de Todos los Santos de 1755, que derrumbó las iglesias sepultando a los fieles, pero no los prostíbulos salvaguardando a las meretrices y sus clientes? O no es omnisciente, o no es omnipotente, o no es bueno. Pero si no lo es ¿sigue siendo Dios?

Este es el problema de la teodicea al que muchas mentes notables infructuosamente se han abocado (queda la renuncia a la racionalidad: los caminos de Dios son inescrutables). Quizás la respuesta más original sea la de Leibniz: en el mundo hay terremotos, asesinatos y pandemias, pero es el mejor de los mundos posibles, el mejor que se pudo haber creado. Pocos han defendido esta posición con tanto entusiasmo como Pangloss, el pre-

ceptor de Cándido. Según cita Voltaire: “está demostrado, decía, que todas las cosas no pueden ser de otro modo: porque, estando hecho todo para un fin, todo está hecho necesariamente para el mejor fin”. Sobra decir que en la historia ellos sufren torturas y humillaciones sin fin, pero la fe de Pangloss es inquebrantable: es el mejor de los mundos.

Panglossistas ha habido desde mucho antes que Voltaire recurriera a este preceptor para mofarse de Leibniz, y los sigue habiendo hoy. Algunos están en el gobierno. El ministro Marcel era un panglossista sistemático al comentar las malas cifras económicas: con el enfoque temporal apropiado todo iba siempre en la mejor dirección. Hasta que tuvo que reconocer que el crecimiento esperado no se cumplirá. A su favor hay que decir que el optimismo es parte de la descripción del cargo del ministro de Hacienda.

Otro panglossista empedernido es el Presidente. Si el ministro decía que el país crecería 2,6% (de lo que hubo de

desdecirse), en un raptó de entusiasmo él sostenía que sería más. Después de todo, si Chile está lleno de potencialidades, como gusta decir, ¿por qué no ha de crecer según la estatura y disposición moral de sus dirigentes?

Afortunadamente la inconsistencia metafísica ha sido resuelta: esta copia fe-

liz del edén no es el mejor de los mundos debido al “pesimismo ideológico” de los empresarios que meten su cola torpedeando el jardín de las delicias que el Presidente creía posible a golpes de pura buena voluntad y superioridad moral. Los contextos de inversión no entran en la ecuación.

Al final de la historia Cándido, quien llegó a sospechar que su preceptor estaba equivocado, se refugia en su jardín, es decir un microcosmos, plantando hortalizas. Yo no veo al Presidente dedicado al huerto. Más bien sospecho que su creencia en que a fuerza de bondad este sería el mejor de los mundos es tan inquebrantable como inmune a la evidencia: un asunto de fe.

“La creencia del Presidente en que a fuerza de bondad este sería el mejor de los mundos es tan inquebrantable como inmune a la evidencia”.